

La víctima propiciatoria, la que expiaba todos los sinsabores y desengaños de Pepona, era... ¿quién había de ser?—Siempre había tratado Pepona á Minia con hosil indiferencia; ahora, con odio sañudo de impía madrastra. Para Minia los harapos, para Melia los refajos de grana: para Minia la cama en el duro suelo, para Melia un *leito* igual al de sus padres: á Minia se le arrojaba la corteza de pan de borona enmohecido, mientras el resto de la familia despachaba el caldo calentito y el *compango* de cerdo. Minia no se quejaba jamás. Estaba un poco más descolorida y perpetuamente absor-ta, y su cabeza se inclinaba á veces lánguidamente sobre el hombro, aumentándose entonces su parecido con la Santa. Callada, exteriormente insensible, la muchacha sufría en secreto angustia mortal, inexplicables mareos, ansias de llorar, dolores en lo más profundo y delicado de su organismo, misteriosa pena, y, sobre todo, unas ganas constantes de morirse para descansar yéndose al cielo..... Y el paisajista ó el poeta que cruzase ante el molino y viese el frondoso castaño, la represa con su agua durmiente y su orla de cañas, la pastorcilla rubia, que, pensativa, dejaba á la vaca saciarse libremente por el lindero orlado de flores, soñaría con idilios y haría una descripción apacible y encantadora de la infeliz niña golpeada y hambrienta, medio idiota ya á fuerza de desamores y crueldades.

## II

Un día descendió mayor consternación que nunca sobre la choza de los molineros. Era llegado el plazo fatal para el colono: vencía el término del arriendo, y, ó pagaban al dueño del lugar, ó se verían arrojados de él y sin techo que los cobijase, ni tierra donde cultivar las berzas para el caldo. Y lo mismo el holgazán Juan Ramón que Pepona la diligente, profesaban á aquel quión de tierra el cariño insensato que apenas profesarían á un hijo pedazo de sus entrañas. Salir de allí se les figuraba peor que ir para la sepultura: que esto, al fin, tiene que suceder á los mortales, mientras lo otro no ocurre sino por impensados rigores de la suerte negra. ¿Dónde encontrarían dinero? Probablemente no había en toda la comarca las dos onzas que importaba la renta del lugar. Aquel año de miseria,—calculó Pepona, dos onzas no podían hallarse sino en la *boeta* ó cepillo de Santa Minia. El cura sí que tendría dos onzas, y bastantes más, cosidas en el jergón ó enterradas en el huerto... Esta probabilidad fue asunto de la conversación de los esposos, tendidos boca á boca en el lecho conyugal, especie de cajón con una abertura al exterior, y dentro un relleno de hojas de maíz y una raída manta. En honor de la verdad, hay que decir que á Juan Ramón, alegrillo con los cuatro tragos que había echado al anochecer para confortar el estó-

mago casi vacío, no se le ocurría siquiera aquello de las onzas del cura hasta que se lo sugirió, cual verdadera Eva, su cónyuge; y es justo observar también que contestó á la tentación con palabras muy discretas, como si no hablase por su boca el espíritu parral.—“Oyes tú, Juan Ramón... El clérigo sí que tendrá á rabiarse lo que aquí nos falta... Ricas onciñas tendrá el clérigo. ¿Tú roncas, ó me oyes, ó qué haces?”—“Bueno, ¡rayo!; y si las tiene, ¿qué rayo nos interesa? Dar, no nos las ha de dar.”—“Darlas, ya se sabe; pero... empréstadas...”—“¡Empréstadas! Sí, ve á que te empréstes...”—“Yo digo empréstadas así, medio á la fuerza... ¡Malditos!...; no sois hombres, no tenéis de hombres sino la parola... Si estuviese aquí Andresiño..., un día al oscurecer...”—“Como vuelvas á mentar eso, los diábolos lleven si no te saco las muelas del bofetón...”—“Cochinos de cobardes; aun las mujeres tenemos más riñones...”—“Loba, calla. Tú quieres perderme: el clérigo tiene escopeta..., y á más quieres que Santa Minia mande una centella que mismamente nos destrice...”—“Santa Minia es el miedo que te come...”—“Toma, malvada...”—“Pellejo, borrachón...”

Estaba echada Minia sobre un haz de paja, á poca distancia de sus tíos, en esa promiscuidad de las cabañas gallegas, donde irracionales y racionales, padres é hijos, yacen confundidos y mezclados. Aterida de frío bajo su ropa, que había amontonado para cubrirse—pues manta Dios la diese,—entreoyó algunas frases sospechosas y confusas, las excitaciones sordas de la

mujer, los gruñidos y chanzas vinosas del hombre. Tratábase de la Santa... Pero la niña no comprendió. Sin embargo, aquello le sonaba mal; le sonaba á ofensa, á lo que ella, si tuviese nociones de lo que tal palabra significa, hubiese llamado desacato. Movi6 los labios para rezar la única oración que sabía, y así, rezando, se quedó traspuesta.—Apenas la salteó el sueño, le pareció que una luz dorada y azulada llenaba el recinto de la choza. En medio de aquella luz ó formando aquella luz, semejante á la que despedía la *madama de fuego* que presentaba el cohetero en la fiesta patronal, estaba la Santa, no reclinada, sino de pie, y blandiendo su palma como si blandiese un arma terrible. Minia creía oír distintamente estas palabras: “¿Ves? Los mato.” Y mirando hacia el lecho de sus tíos, los vió cadáveres, negros, carbonizados, con la boca torcida y la lengua de fuera... En este momento se dejó oír el sonoro cántico del gallo; la becerrilla mugió en el establo reclamando el pezón de su madre... Amanecía.

Si pudiese la niña hacer su gusto, se quedaría acurrucada entre la paja la mañana que siguió á su visión. Sentía gran dolor en los huesos, quebrantamiento general, sed ardiente. Pero la hicieron levantar, tirándola del pelo y llamándola hólgazana, y, según costumbre, hubo de sacar el ganado. Con su habitual pasividad no replicó; agarró la cuerda y echó hacia el pradillo. La Pepona, por su parte, habiéndose lavado primero los pies y luego la cara en el charco más próximo á la represa del molino, y

puéstose el dengue y el mantelo de los días grandes, y también—lujo inaudito—los zapatos, colocó en una cesta hasta dos docenas de manzanas, una pella de manteca envuelta en una hoja de col, algunos huevos y la mejor gallina ponedera, y, cargando la cesta en la cabeza, salió del lugar y tomó el camino de Compostela con aire resuelto. Iba á implorar, á pedir un plazo, una prórroga, un perdón de renta, algo que les permitiese salir de aquel año terrible sin abandonar el lugar querido, fertilizado con su sudor... Porque las dos onzas del arriendo... ¡quíá!: en la boeta de Santa Minia ó en el jergón del clérigo seguirían guardadas, por ser un calzonazo Juan Ramón y faltar de la casa Andre-siño..., y no usar ella, en lugar de refajos, las mal llevadas bragas del esposo.

No abrigaba Pepona grandes esperanzas de obtener la menor concesión; el más pequeño respiro. Así se lo decía á su vecina y comadre Jacoba de Alberte, con la cual se reunió en el crucero, enterándose de que iban á hacer la misma jornada—pues Jacoba tenía que traer de la ciudad medicina para su hombre, afligido con un asma de todos los demonios, que no le dejaba estar acostado, ni por las mañanas casi respirar.—Resolvieron las dos comadres ir juntas para tener menos miedo á los lobos ó á los aparecidos, si al volver se les echaba la noche encima; y pie ante pie, haciendo votos porque no lloviese, pues Pepona llevaba á cuestras el fondito del arca, emprendieron su caminata charlando.

—Mi matanza—dijo la Pepona—es que no podré hablar cara á cara con el señor Marqués, y al apoderado tendré que arrodillarme. Los señores de mayor señorío son siempre los más compadecidos del pobre. Los peores, los señoritos hechos á puñetazos, como don Mauricio el apoderado: esos tienen el corazón duro como las piedras y le tratan á uno peor que á la suela del zapato. Le digo que voy allá como el buey al matadero.

La Jacoba, que era una mujercilla pequeña, de ojos ribeteados, de apergaminadas facciones, con dos toques cual de ladrillo en los pómulos, contestó en voz planidera:

—¡Ay, comadre! Iba yo cien veces á donde va, y no quería ir una á donde voy. ¡Santa Minia nos valga! Bien sabe el Señor nuestro Dios que me lleva la salud del hombre, porque la salud vale más que las riquezas. No siendo por amor de la salud, ¿quién tiene valor de pisar la botica de don Custodio?

Al oír este nombre, viva expresión de curiosidad azorada se pintó en el rostro de la Pepona, y arrugóse su frente corta y chata, donde el pelo nacía casi á un dedo de las tupidas cejas.

—¡Ay! Sí, mujer... Yo nunca allá fui. Hasta por delante de la botica no me da gusto pasar. Andan no sé qué dichos, de que el boticario hace *meigallos*.

—Eso de no pasar, bien se dice; pero cuando uno tiene la salud en sus manos... La salud vale más que todos los bienes de este mundo; y el pobre que no tiene otro caudal sino la salud,

¿qué no hará por conseguirla? Al demonio era yo capaz de ir á pedirle en el infierno la buena untura para mi hombre. Un peso y doce reales llevamos gastado este año en botica, y nada: como si fuese agua de la fuente; que hasta es un pecado derrochar los cuartos así, cuando no hay una triste espiga para llevar á la boca. De manera es que ayer por la noche, mi hombre, que tosía que casi arrentaba, me dijo, dice: "El, Jacoba; ó tú vas á pedirle á don Custodio la untura, ó yo espicho. No hagas caso del médico; no hagas caso, si á mano viene, ni de Cristo nuestro Señor: á don Custodio has de ir; que si él quiere, del apuro me saca con sólo dos cucharaditas de los remedios que sabe hacer. Y no repares en dinero, mujer, no siendo que quieras te quedar viuda." Así es que...—Jacoba metió misteriosamente la mano en el seno, y extrajo envuelto en un papelito un objeto muy chico—aquí llevo el corazón del arca... ¡un doblonciño de á cuatro! Se me van los *espirtus* detrás de él; me cumplía para mercar ropa, que casi desnuda en carnes voy; pero primero es la vida del hombre, mi comadre..., y aquí lo llevo para el ladro de don Custodio, Asús me perdone.

La Pepona reflexionaba, deslumbrada por la vista del doblón y sintiendo en el alma una oleada tal de codicia que la sofocaba casi.

—Pero, diga, mi comadre—murmuró con ahinco, apretando sus grandes dientes de caballo y echando chispas por los ojuelos.—Diga: ¿cómo hará don Custodio para ganar tantos

cuartos? ¿Sabe qué se cuenta por ahí? Que mercó este año muchos lugares del Marqués. Lugares de los más riquísimos. Dicen que ya tiene mercados dos mil ferrados de trigo de renta.

—¡Ay, mi comadre! ¿Y cómo quiere que no gane cuartos ese hombre que cura todos los males que el Señor inventó? Miedo da el entrar allí; pero cuando uno sale con la salud en la mano... Ascuche: ¿quién piensa que le quitó la reuma al cura de Morlán? Cinco años llevaba en la cama, baldado, imposibilitado..., y de repente un día se levanta bueno, andando como usted y como yo. Pues ¿qué fue? La untura que le dieron en los cuadriles, y que le costó media onza en casa de don Custodio. ¿Y el tío Gorio el posadero de Silleda? Ese fue mismo cosa mi, lagrosa. Ya le tenían puestos los santolios, y traerle un agua blanca de don Custodio... y como si resucitase.

—¡Qué cosas hace Dios!

—¿Dios?—contestó la Jacoba.—A saber si las hace Dios ó el diaño... Comadre, le pido de favor que me ha de acompañar cuando entre en la botica.

—Acompañaré.

Cotorreando así, se les hizo llevadero el caminito á las dos comadres. Llegaron á Compostela á tiempo que las campanas de la catedral y de numerosas iglesias tocaban á misa, y entraron á oirla en las Ánimas, templo muy favorito de los aldeanos, y, por lo tanto, muy gargajoso, sucio y mal oliente. De allí, atravesando la plaza llamada del Pan, inundada de vende-

doras de molletes y cacharros; atestada de labriegos y de caballerías, se metieron bajo los soportales, sustentados por columnas de bizantinos capiteles, y llegaron á la temerosa madriguera de don Custodio.

Bajábase á ella por dos escalones, y entre esto y que los soportales roban luz, encontrábase siempre la botica sumergida en vaga penumbra, resultado á que cooperaban también los vidrios azules, colorados y verdes, innovación entonces flamante y rara. La anaquelera ostentaba aún esos pintorescos botes que hoy se estiman como objeto de arte, y sobre los cuales se leían en letras góticas rótulos que parecen fórmulas de alquimia: *Rad. Polip. Q.—Ra. Su. Eboris—Stirac. Cala*—y otros letreros de no menos siniestro cariz. En un sillón de vaqueta, reluciente ya por el uso, ante una mesa, donde un atril abierto sostenía voluminoso libro, hallábase el boticario, que leía cuando entraron las dos aldeanas, y que al verlas entrar se levantó. Parecía hombre de unos cuarenta y tantos años; era de rostro chupado, de hundidos ojos y sumidos carrillos, de barba picuda y gris, de calva primeriza y ya lustrosa, y con aureola de largas melenas, que empezaban á encanecer: una cabeza macerada y simpática de santo penitente ó de doctor alemán emparedado en su laboratorio. Al plantarse delante de las dos mujeres, caía sobre su cara el reflejo de uno de los vidrios azules, y realmente se la podría tomar por efigie de escultura. No habló palabra, contentándose con

mirar fijamente á las comadres. Jacoba temblaba cual si tuviese azogue en las venas, y la Pepona, más atrevida, fue la que echó todo el relato del asma, y de la untura, y del compadre enfermo, y del doblón. Don Custodio asintió inclinando gravemente la cabeza: desapareció tres minutos tras la cortina de sarga roja que ocultaba la entrada de la rebotica; volvió con un frasquito cuidadosamente lacrado; tomó el doblón, sepultólo en el cajón de la mesa, y devolviendo á la Jacoba un peso duro, contentóse con decir: "Úntenle con esto el pecho por la mañana y por la noche"; y sin más se volvió á su libro. Miráronse las comadres, y salieron de la botica como alma que lleva el diablo. Jacoba, fuera ya, se persignó.

Serían las tres de la tarde cuando volvieron á reunirse en la taberna, á la entrada de la carretera, donde comieron un *taco* de pan y una corteza de queso duro, y echaron al cuerpo el consuelo de dos deditos de aguardiente. Luego emprendieron el retorno. La Jacoba iba alegre como unas pascuas: poseía el remedio para su hombre; había vendido bien medio ferrado de habas, y de su caro doblón, un peso quedaba aún, por misericordia de don Custodio. Pepona, en cambio, tenía la voz ronca y encendidos los ojos; sus cejas se juntaban más que nunca; su cuerpo grande y tosco, se doblaba al andar, cual si le hubiesen administrado alguna soberana paliza. No bien salieron á la carretera, desahogó sus cuitas en amargos lamentos; el ladrón de don Mauricio, como si fuese sordo

de nacimiento ó verdugo de los infelices: — La renta, ó salen del lugar. — ¡Comadre! Allí lloré, grité, me puse de rodillas, me arranqué los pelos, le pedí por el alma de su madre y de quien tiene en el otro mundo..... Él tieso. — La renta, ó salen del lugar. El atraso de ustedes ya no viene de este año, ni es culpa de la mala cosecha..... Su marido bebe y su hijo es otro que bien baila..... El señor Marqués le diría lo mismo..... Quemado está con ustedes..... Al Marqués no le gustan borrachos en sus lugares. — Yo repliquéle: — Señor, venderemos los bueyes y la vaquiña....., y luego, ¿con qué labramos? Nos venderemos por esclavos nosotros..... — La renta, les digo..... y lárguese ya. — Mismo así, empujando, empujando... echóme por la puerta. ¡Ay! Hace bien en cuidar á su hombre, señora Jacoba..... ¡Un hombre que no bebe! A mí me ha de llevar á la sepultura aquel pellejo.,... Si le da por enfermarse, con medicina que yo le compre no sanará.

En tales pláticas iban entreteniéndose las dos comadres el camino. Como en invierno anochece pronto, hicieron por atajar, internándose hacia el monte, entre espesos pinares. Oíase el toque del *Angelus* en algún campanario distante, y la niebla, subiendo del río, empezaba á velar y confundir los objetos. Los pinos y los zarzales se esfumaban entre aquella vaguedad gris, con espectral apariencia. A las labradoras les costaba trabajo encontrar el sendero.

—Comadre—advirtió de pronto y con inquie-

tud Jacoba;—por Dios le encargo que no cuente en la aldea lo del unto.....

—No tenga miedo, comadre..... Un pozo es mi boca.

—Porque si lo sabe el señor cura, es capaz de echarnos en misa una pauliña.....

—¿Y á él qué le importa?

—Pues como dicen que esta untura *es de lo que es*.....

—¿De qué?

—¡Ave María de gracia, comadre! — susurró Jacoba, deteniéndose y bajando la voz, como si los pinos pudiesen oírla y delatarla:—¿de veras no lo sabe? Me pasmo. Pues hoy en el mercado no tenían las mujeres otra cosa que decir, y las mozas primero se dejaban hacer trizas que llegarse al soportal. Yo, si entré allí, es porque de moza ya he pasado: pero vieja y todo, si usted no me acompaña, no pongo el pie en la botica. ¡La gloriosa Santa Minia nos valga!

—A fe, comadre, que no sé ni esto..... Cuente, comadre, cuente..... Callaré lo mismo que si muriera.

—¡Pues si no hay más de qué hablar, señora! ¡Asús querido! Estos remedios tan milagrosos, que resucitan á los difuntos, hácelos don Custodio con *unto de moza*.

—¿Unto de moza.....?

—De moza soltera, rojiña, que ya esté en sazón de se poder casar. Con un cuchillo les saca las mantecas, y va y las derrite, y prepara los medicamentos. Dos criadas mozas tuvo, y ninguna se sabe qué fue de ellas, sino que como si

la tierra se las tragase, que desaparecieron y nadie las volvió á ver. Dice que ninguna persona humana ha entrado en la trasbotica: que allí tiene una *trapela*, y que muchacha que entra y pone el pie en la trapela..... ¡plás!, cae en un pozo muy hondo, muy hondísimo, que no se puede medir la profundidad que tiene..... y allí el boticario le arranca el unto.

Sería cosa de haberle preguntado á la Jacoba á cuántas brazas bajo tierra estaba situado el laboratorio del destripador de antaño; pero las facultades analíticas de la Pepona eran menos profundas que el pozo, y limitóse á preguntar con ansia mal definida:

—¿Y para *eso* sólo sirve el unto de las mozas?

—Sólo. Las viejas no valemos ni para que nos saquen el unto siquiera.

Pepona guardó silencio. La niebla era húmeda: en aquel lugar montañoso convertíase en *brétema*, é imperceptible y menudísima llovizna calaba á las dos comadres, transidas de frío y ya asustadas por la obscuridad. Como se internasen en la escueta gándara que precede al lindo vallecito de Tornelos, y desde la cual ya se divisa la torre del santuario, Jacoba murmuró con apagada voz:

—Mi comadre..... ¿no es un lobo eso que por ahí va?

—¿Un lobo?—dijo estremeciéndose Pepona.

—Por allí..... detrás de aquellas piedras..... Dicen que estos días ya llevan comida mucha gente. De un rapaz de Morlán sólo dejaron la cabeza y los zapatos. ¡Asús!

El susto del lobo se repitió dos ó tres veces antes que las comadres llegasen á avistar la aldea. Nada, sin embargo, confirmó sus temores; ningún lobo se les vino encima. A la puerta de la casucha de Jacoba despidiéronse, y Pepona entró sola en su miserable hogar. Lo primero con que tropezó en el umbral de la puerta fue el cuerpo de Juan Ramón, borracho como una cuba, y al cual fue preciso levantar entre maldiciones y reniegos, llevándole en peso á la cama. A eso de media noche, el borracho salió de su sopor, y con estropajosas palabras acertó á preguntar á su mujer qué tenían de la renta. A esta pregunta, y á su desconsoladora contestación, siguieron reconvenções, amenazas, blasfemias, un cuchicheo raro, acalorado, furioso. Minia, tendida sobre la paja, prestaba oído; latíale el corazón; el pecho se le oprimía; no respiraba; pero llegó un momento en que Pepona, arrojándose del lecho, la ordenó que se trasladase al otro lado de la cabaña, á la parte donde dormía el ganado. Minia cargó con su brazado de paja, y se acurrucó no lejos del establo, temblando de frío y susto. Estaba muy cansada aquel día; la ausencia de Pepona la había obligado á cuidar de todo, á hacer el caldo, á coger yerba, á lavar, á cuantos menesteres y faenas exigía la casa..... Rendida de fatiga y atormentada por las singulares desazones de costumbre, por aquel desasosiego que la molestaba, aquella opresión indecible, ni acababa de venir el sueño á sus párpados, ni de aquietarse su espíritu. Rezó maquinalmente,

pensó en la Santa, y dijo entre sí, sin mover los labios: "Santa Minia querida, llévame pronto al cielo; pronto, pronto." Al fin se quedó, si no precisamente dormida, al menos en ese estado mixto propicio á las visiones, á las revelaciones psicológicas, y hasta á las revoluciones físicas. Entonces le pareció, como la noche anterior, que veía la efigie de la mártir; sólo que, ¡cosa rara!, no era la Santa: era ella misma, la pobre rapaza, huérfana de todo amparo, quien estaba allí tendida en la urna de cristal, entre los cirios, en la iglesia. Ella tenía la corona de rosas; la dalmática de brocado verde cubría sus hombros; la palma la agarraban sus manos pálidas y frías; la herida sangrienta se abría en su propio pescuezo, y por allí se le iba la vida, dulce é insensiblemente, en oleaditas de sangre muy suaves, que al salir la dejaban tranquila, extática, venturosa..... Un suspiro se escapó del pecho de la niña; puso los ojos en blanco, se estremeció....., y quedóse completamente inerte. Su última impresión confusa fue que ya había llegado al cielo, en compañía de la Patrona.

### III

En aquella rebotica, donde, según los autorizados informes de Jacoba de Alberte, no entraba nunca persona humana, solía hacer tertulia á don Custodio las más noches un canónigo de la Santa Metropolitana Iglesia, com-

pañero de estudios del farmacéutico, hombre ya maduro, sequito como un pedazo de yesca, risueño, gran tomador de tabaco. Este tal era constante amigo é íntimo confidente de don Custodio, y, á ser verdad los horrendos crímenes que al boticario atribuía el vulgo, ninguna persona más á propósito para guardar el secreto de tales abominaciones que el canónigo don Lucas Llorente, el cual era la quinta esencia del misterio y de la incomunicación con el público profano. El tapujo, la reserva más absoluta tomaban en Llorente proporciones y carácter de manía. Nada dejaba transparentar de su vida y acciones, aun las más leves é inocentes. El lema del canónigo era: "Que nadie sepa cosa alguna de ti." Y aun añadía (en la intimidad de la trasbotica): "Todo lo que averigua la gente acerca de lo que hacemos ó pensamos, lo convierte en arma nociva y mortífera. Vale más que invente, que no que edifique sobre el terreno que le ofrezcamos nosotros mismos."

Por este modo de ser, y por la inveterada amistad, don Custodio le tenía por confidente absoluto, y sólo con él hablaba de ciertos asuntos graves, y sólo de él se aconsejaba en los casos peligrosos ó difíciles. Una noche en que, por señas, llovía á cántaros y tronaba y relampagueaba á trechos, encontró Llorente al boticario agitado, nervioso, semiconvulso. Al entrar el canónigo se arrojó hacia él, y tomándole las manos y arrastrándole hacia el fondo de la rebotica, donde, en vez de la pavorosa *trapela* y el pozo sin fondo, había arma-